



Dirección de Prensa

Discurso de S.E. la Presidenta de la República, Michelle Bachelet Jeria, al participar en la Ceremonia de Entrega del Premio Nacional de Derechos Humanos

Santiago, 20 de junio de 2016

Amigas y amigos:

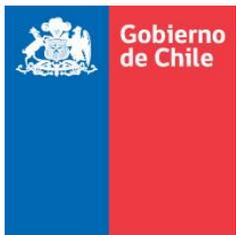
Le decía a Lorena, qué significativo el día el que estamos entregando este premio, porque hoy es el Día Mundial del Refugiado. Y acabamos de entregar a 45 niños palestinos refugiados en Chile, su nacionalidad chilena. Así que creo que avanzamos en derechos humanos, en distintas dimensiones.

Siempre digo que, cuando uno entrega un premio, hay galardonados que honran el galardón que reciben, y no al revés. Y ése, claramente, es el caso del padre José Aldunate.

Y con ello, no restamos mérito alguno al Premio Nacional de Derechos Humanos, que han recibido -antes que el padre Pepe Aldunate- la querida Viviana Díaz y, también, María Soledad Cisternas.

Al contrario, el premio crece al sumar a su lista de premiados a este hombre excepcional, a quien algunos no vacilarían en llamar “santo”.

No sé, realmente, si José Aldunate es o no santo. Y no estoy segura que tampoco le importe eso, porque lo que pesa para nosotros, que hemos tenido la suerte de ser sus contemporáneos y vivir al abrigo de su ejemplo, es precisamente la humanidad cotidiana de José Aldunate, su manera de encarnar un conjunto de valores que son, por supuesto, los valores de su fe, pero que son también compartidos por la inmensa humanidad.



Dirección de Prensa

Recién se decía que don Pepe acaba de cumplir 99 años y ha sido testigo de una enorme porción del siglo XX, y ha mantenido su lúcida reflexión sobre nuestro tiempo, en los años que llevamos del siglo XXI.

Y en este extenso arco vital, tendemos, por la enormidad de su estatura moral, a fijar la mirada en el papel que el padre Aldunate cumplió en los años de la dictadura, y muy especialmente en el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo.

Porque es natural y conmovedor evocar su figura digna y serena, enfrentando la represión, el agua del guanaco, los gases lacrimógenos, para defender el derecho a la vida y la integridad de sus conciudadanos detenidos en cárceles secretas, sometidos sistemáticamente a tratos inhumanos, apremiados física y psicológicamente.

Pero ello no puede hacernos olvidar el enorme aporte de Pepe Aldunate, no sólo en la resistencia contra la dictadura que rigió nuestro destino por 17 años, sino en la inmensa obra previa a esos tristes años.

Como director de la Revista Mensaje –donde sucedió a San Alberto Hurtado–, como Superior del Centro Bellarmino, como educador y formador de novicios, como secretario de la Confederación de Religiosos y Religiosas, CONFERRE, y de la Confederación Latinoamericana de Religiosos, CLAR, como Provincial de los Jesuitas, como cura obrero, José Aldunate ha dejado una profunda huella en cada institución por la que pasó.

Y su tiempo fue uno de transformaciones, tanto en esas instituciones como en el campo más amplio de su acción, es decir, la Iglesia Católica y la sociedad, en general.

Los cambios impulsados por el Concilio Vaticano II, por Medellín y Puebla, y por hombres y mujeres, creyentes y no creyentes, que en los



Dirección de Prensa

años 60 y 70 aspiraban a construir sociedades más justas y más humanas, nutrieron al padre Aldunate tanto como el legado de Alberto Hurtado.

El mismo José Aldunate nos ha narrado la lección que recibió del padre Hurtado: entender que antes que la caridad estaba la justicia, que no bastaba hacer el bien si no se pagaban, por ejemplo, salarios justos.

Luego, por cierto, vendrían su inserción en el mundo obrero –sin dejar la cátedra- y su encuentro con la teología de la liberación, que no hizo sino reforzar la convicción de que para que exista una humanidad fraternal en esta tierra, debe existir equidad y debemos combatir la pobreza y la injusticia.

Y ése es el trasfondo contra el cual se recorta la silueta inconfundible de Pepe Aldunate y el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo.

Ésa es la raíz de acciones como la que hizo posible asilar a numerosas personas en peligro de muerte en la Nunciatura Apostólica en Santiago; y Pepe Aldunate, yo sé que no me perdonaría si no mencionara aquí al fallecido padre Roberto Bolton, que lo acompañó en ése y otros trances igual de peligrosos.

Ese amor por la justicia, esa opción preferencial por los pobres que tanto marcó a la iglesia latinoamericana, ese entendimiento de que creyentes y no creyentes podíamos y debíamos encontrarnos en la construcción de un mundo mejor, es también lo que reconocemos hoy en el padre José Aldunate.

Su compromiso con los derechos inalienables de todos y todas está hecho de acciones cotidianas, de testimonio vivo, de persistente iluminación de nuestra realidad. Hoy, el padre Aldunate sigue escribiendo, sigue reflexionando, ha compartido con nosotros varias de sus reflexiones. Ninguno de los asuntos que ocupan y preocupan a





Dirección de Prensa

nuestra sociedad le resulta ajeno, ya se trate del Acuerdo de Unión Civil, la relación entre los negocios y el bien común, el cuidado del medio ambiente.

Y ello nos habla de un ser humano íntegro, que ha elegido compartir la suerte y el destino de sus hermanos y hermanas, en unos tiempos que, por momentos, parecen igualmente sombríos que esos oscuros años del siglo XX en que se dio su formación ética y sacerdotal.

El mundo global en que vivimos requiere, hoy más que nunca, el ejemplo y el liderazgo de mujeres y de hombres como el padre Pepe Aldunate.

Cuando crece la intolerancia, cuando la homofobia, el racismo y el nacionalismo son capaces de causar decenas de víctimas, como hemos visto con la masacre de Orlando o el asesinato de Jo Cox en Gran Bretaña; cuando la crisis de los refugiados no parece tener fin; cuando las guerras civiles y los conflictos étnicos –que muchas veces enmascaran intereses económicos- amenazan a cientos de miles de personas indefensas, especialmente mujeres, niñas y niños; necesitamos, más que nunca, recordar que es posible resistir, ejerciendo la no violencia activa, a las fuerzas que trabajan en favor de la inhumanidad y del odio.

Es posible porque lo vivimos, es posible porque lo vimos aquí, en el puñado de sacerdotes y laicos que, traspasados por el sacrificio lacerante de Sebastián Acevedo en Concepción, salieron a las calles de Chile para decir basta, para decir no más, nunca más.

Por ese ejemplo, tan valioso, tan vigente en el mundo de hoy, agradecemos y agradeceremos siempre al querido padre Pepe Aldunate.

Muchas gracias.



Dirección de Prensa

Santiago, 20 de junio de 2016
Lfs/mls

